

El anciano del baño- Mario Carvajal

Mario Carvajal de la Fuente

Image not found.

Capítulo 1

EL ANCIANO DEL BAÑO

El recuerdo vino años después, cuando menos esperaba que pasara o, mejor dicho, nunca pensé que lo haría. Me golpeo y me hizo sentarme, porque lo sentí mucho, como esos días en que lo observaba. Tuve que encender mi computadora y escribirlo al momento para sacarlo, para vomitarlo. Es un recuerdo casi ajeno. En realidad, le pertenece a otra persona, donde quiera que este, sabe que lo recuerdo. Antes que nada, tengo que poner el contexto, así que déjeme contarle un poco de mi vida. En ese entonces trabajaba de ocho de la mañana a seis de la tarde, de lunes a viernes. Laboraba lejos del hogar, acorde a las distancias del Puerto de Veracruz. Al regreso, pasaba por la calle Díaz Mirón, bajándome cerca del supermercado Chedraui y caminaba a mi casa varias cuadas. A veces, aprovechaba para retirar dinero o comprar algún dulce, y que chistoso, siempre que entraba me daban ganas de orinar, así que iba al baño. Caminaba por las cajas, encima del piso de azulejos blancos con manchas negras, por la panadería y pegado, un pasillo pequeño y unas escaleras, donde siempre encontrabas a los trabajadores descansando en los escalones, platicando unos con otros. Nunca vi al anciano conversar con ellos. La primera vez que lo presencie, trapeaba el piso con una mopa mechuda y vieja. El baño no era nada grande, tenía un cubículo privado y tres mingitorios sin separación, una barra de granito con dos lavamanos y una capsula de jabón líquido, que nunca tenía. Entrar al lugar era como transportarse a una cantina, el piso siempre mojado, una mezcla de agua y orina. Los mingitorios llenos de miados y el baño lleno de gente. En ese súper va gente de todo tipo, entre ellas personas muchas que vienen preocupados por sus asuntos que no les da tiempo o ganas de ocuparse de lo ajeno, bien podrían jalarle a la taza, orinar dentro del lugar, depositar el papel usado en la basura y tratar de no salpicar cuando se lavan las manos. Pero no hacen nada de eso, y por eso el baño era un caos, un caos que el anciano siempre trataba de limpiar, siempre lo veías barriendo o pasando la jerga al piso o estar sentado en un banquito fuera recortando trozos de papel para que la gente agarrara, a veces los daba en la mano. Era un señor de edad, le calculaba unos setenta o setenta y cinco años, delgado, pero se le salía un poco de panza; poco cabello en la coronilla, blanco, siempre rasurado al ras, fajado con su polo azul marino con la insignia de Chedraui. El pantalón con cinturón de cuero y zapatos bien lustrados, como clásico hombre de antaño, supongo hay costumbres que no se borran. Lo que llamo mi atención no era su trabajo o la situación del baño. Era que parecía que nadie lo veía, la gente iba y venía, pasaban al lado de él, siempre se quitaba para no estorbar. Nunca vi a nadie dándole las gracias. El simplemente hacia su trabajo, cuando caminaba fuera del baño, sus compañeros no lo miraban, como si no estuviera. Tenía un trapo rojo doblado cerca del lavamanos, donde la gente depositaba propina, la mayoría de las veces encontrabas

montoncitos de monedas de cincuenta y veinte centavos, unas pocas de uno y dos pesos. Cambio que sobraba y la gente no quiere cargar. Yo le dejaba de cinco a diez pesos. Nunca tuve una conversación con él, ni le dije gracias, porque no tuve ningún contacto, solo lo observaba y trataba de verlo a los ojos y que el viera los míos. No recuerdo si escuche su voz, creo que no. Esa situación de ir al baño la hacía unas dos veces por semana, tal vez tres, y el ciclo se repetía, era como si el tiempo no pasara en ese baño. Mismo escenario con personas distintas. Eso duro un par de meses, hubo un día que llegué y no lo vi nunca más. Otra persona ocupaba su lugar, unos treinta años más joven, gordo y que siempre lo veías platicando en las escaleras, rara vez dentro del baño. No supe que le paso al anciano, si renuncio o murió, solo que no lo volví a ver. La situación siempre fue la misma, la gente no parecía reparar en la diferencia, en que ya no estaba aquel hombre. El baño permaneció igual de sucio, la gente continuó haciendo lo mismo. Todo siguió de la misma forma, salvo que reemplazaron al anciano. Lo que me dio miedo fue la facilidad en que paso, de un día para otro, era como si nunca hubiera estado allí, como si él no fuera necesario. Me aterre cuando lo pensé, lo solo que puedes estar, que nadie repare en ti, no estar en los pensamientos de nadie. El anciano se fue, como si nunca existiera, como si no hubiera nacido. El mundo siguió girando de la misma forma, no se detiene por nada, siempre avanza.

Escribo esto no por mí, sino para él, para que quede constancia de su existencia, para que sepa que alguien lo recuerda y se pregunta como era su vida, si tuvo hijos, esposa, que hacía antes de ser conserje o cómo fue su niñez. Nunca lo sabré, y él nunca supo de mi existencia. Dos seres que nos encontrábamos dos veces a la semana, ajenos el uno del otro, cada quien pensando lo suyo.